

ideas que el Cristianismo nos ha inspirado, el hijo que en el día dejase de idolatrar y respetar á su madre veria caer sobre su cabeza una lluvia de anatemas.

Y este hijo mismo, ¿cuánto no debe al Sacramento augusto que trocó en nuevos seres á los que le dieron vida? Esclavo, víctima, juguete de todos los caprichos y blanco de todas las violencias, tal era entre los paganos, viéndose despreciado en su ser, en su inteligencia y en su corazon; pero ¡cuán trocada queda su suerte en el Cristianismo! Hijo de Dios, antes de serlo de sus padres, hermano de Cristo, heredero del cielo, ángel de la tierra, santuario vivo de la Divinidad; tal es el hijo de la fe: ¡qué barrera tan formidable protege su vida! ¡Desgraciado quien osare atacar sus días ó su inocencia; porque tocarle á él, es tocar en la niña del ojo al Dios que fulmina el rayo! Así ya no me admiro de ver poblarse campos y ciudades de establecimientos consagrados á la conservacion del cuerpo y del alma de los niños, porque servir á estas criaturas del Altísimo, segun nos afirma el Cristianismo, es hacerse acreedor á la gratitud eterna del Padre que está en los cielos.

Hé aquí en breves palabras todo lo que el sacramento del Matrimonio ha hecho y sigue haciendo en pro de la familia, en beneficio de todos sus miembros, y de consiguiente en ventaja de la sociedad, cuya base constituye. Suprimase este Sacramento, y la union del hombre con la mujer ya no será sino un vil mercado, y la fortuna ocupará el lugar de las sólidas cualidades que, sobre asegurar la dicha de los esposos, acarrearán el reposo y la moralizacion de la sociedad; suprimase este Sacramento, y la familia volverá á hundirse en el cieno de su ignominia, de que el Evangelio la sacó, el padre será otra vez un verdugo, la madre una esclava, y el hijo una víctima. Fijad la vista en los pueblos que todavía no vieron brillar la *buena nueva*; fijadla en los que no quieren mirarla; ¡qué espectáculo! ¡Y aun hay hombres que preguntan de qué sirve el Cristianismo! ¡Oh filósofos *profundisimos*!!!

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber elevado el Matrimonio á la dignidad de Sacramento: haced la gracia á todos los que lo reciben de que puedan cumplir bien sus deberes.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero rezar á menudo por mi padre y por mi madre.*

LECCION XXXIX.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN,
POR MEDIO DE LA CARIDAD.

Armonía de las tres virtudes teologales. — Se define la caridad. — Su excelencia. — Su primer objeto, Dios. — Necesidad de ella. — Ejemplos históricos. — Regla. — Pecados opuestos á la caridad. — Su segundo objeto, el prójimo. — Regla. — Necesidad. — Aplicacion. — Obras de caridad espiritual y corporal. — Pecados opuestos.

La fe conduce á la esperanza, y la esperanza á la caridad: por la fe nuestro espíritu granjea un rico patrimonio de verdades que lo lustran, lo ennoblecen, consuelan y divinizan en cierto modo, haciéndole participe de las luces mismas del nuevo Adan; por la esperanza nuestra voluntad, llevada mas allá de los bienes naturales y caducos que ella mira con noble desden, corre tras la posesion de los bienes que la fe columbra, esto es, de los bienes sobrenaturales que consisten en Dios mismo junto con la felicidad, la gloria y la suma de dichas para el cuerpo y para el alma, cuyo origen es Dios, y que están prometidas á sus escogidos; últimamente la caridad ennoblece nuestro corazon, haciéndole rebosar de amor á Dios y á los bienes que la fe revela, y que la esperanza aguarda; y por medio de estas tres virtudes que mutuamente se enlazan, atraen y aquilatan, opérase nuestra union con Nuestro Señor, empezando en la tierra la vida divina que se consumará en la eternidad.

Esas tres virtudes, fe, esperanza y caridad, se llaman *teologales* porque tienen por objeto al mismo Dios, y nos conducen á él directamente⁴. ¡Qué sublimidad en su esencia! ¡qué nobleza en sus resultados! Quitese la fe, y verémos al hombre, á la sociedad, al mundo entero sumergido en dudas, indecisiones y errores de toda especie; quitese la esperanza, y tendrémos al hombre apegado enteramente á los bienes percederos de la tierra, desalándose tras la posesion de

⁴ *Habitus specie distinguuntur secundum formalem differentiam objectorum: objectum autem theologiarum virtutum est ipse Deus, qui est ultimus rerum finis, prout nostræ rationis cognitionem excedit. Objectum autem virtutum intellectualium et moralium est aliquid quod humana ratione comprehendi potest. Unde virtutes theologice specie distinguuntur à moralibus et intellectualibus... virtutes intellectuales et morales perficiunt intellectum et appetitum hominis secundum proportionem naturæ humanæ; sed theologice supernaturaliter. (D. Thom. 1-2, q. 72, art. 2.)*

los mismos con una impetuosidad que ni respetará los derechos adquiridos ni las leyes humanas ó divinas; quítese la caridad, y el hombre vendrá á ser esclavo de las pasiones que le degradan y le hacen inmensamente infeliz, y al mundo con él. La historia de los pueblos idólatras así en la antigüedad como en los tiempos modernos es un testimonio incontestable de esta verdad humillante, y aun entre las naciones cristianas la existencia de los hombres que viven ajenos á la fe, á la esperanza y á la caridad católicas, la hacen resaltar á nuestra vista de una manera todavía mas sensible.

Para presentar en su evidencia esta verdad capital, á saber, que la fe, la esperanza y la caridad no solamente son la base de la Religion, sino aun de la sociedad, hasta ser esta un hecho esencialmente religioso, bastará el racionio siguiente cuya exactitud justifican las circunstancias que atravesamos: la sociedad actual, considerada bajo su aspecto puramente material, sufre los rudos embates de la miseria: ¿de dónde procede esta? de la falta de tráfico, y por consiguiente de trabajo; y ¿de dónde la falta de trabajo y de tráfico? de la falta de crédito; y ¿la del crédito? de la falta de confianza; y ¿esta? del defecto de caridad, esto es, de la division que separa á la sociedad en dos campos enemigos, dispuestos por momentos á venir á las manos y acabar con todo.

Tan cierto es, segun puede notarse, que las bases de la sociedad se confunden con las de la Religion, como que unas mismas voces sirven para designar unas y otras: la palabra *crédito* se deriva de *credere*, que significa *creer* ó tener fe; las de *confianza* y *caridad* ó *confraternidad* son idénticas en el idioma social y en el lenguaje religioso. ¡Ojalá este nuevo rayo de luz pueda dar vista á algunos ciegos, y hacer que no se empeñen en querer separar lo que Dios indisolublemente unió, el sol y sus resplandores, el cuerpo y el alma, la Religion y la sociedad! ¡ojalá pueda tambien evidenciar mas y mas la solidez del plan que hemos adoptado para el órden y desarrollo de la doctrina cristiana!

Conocemos ya la fe, su dignidad, su necesidad, sus cualidades y su objeto: el cristiano alentado, reforzado, divinizado por la gracia, fruto de la oracion, y en particular de los Sacramentos que se contraen todos á la sagrada Eucaristía, una sola cosa encuentra por hacer, la que todo hombre hace cada dia despues de haber tomado su alimento corporal: trabajar; despues cuando sus fuerzas se habrán agotado tras su empresa gloriosa, servirá de refrigerio la reiteracion del alimento divino, el pan de los fuertes y el vino de las vírgenes, para sostenerle hasta llegar á la eterna montaña donde reside Dios; magnífico galardón de su trabajo⁴. Y este trabajo no es otro que el

⁴ Ego ero merces tua magna nimis. (*Genes. x.*)

amor, la caridad. Ahora bien: ninguna virtud es ociosa, y la caridad menos que las demás; por el contrario, ella es esencialmente activa, segun dicen los santos Padres, y bajo su influjo el espíritu del hombre trabaja sin descanso en contemplar y bendecir las perfecciones de Dios; su corazon en gozarse con ella y unirse á él mediante todo el poder de sus esfuerzos; y su mismo cuerpo en traducirlas en sus palabras y obras, observando con una fidelidad la mas solícita y fervorosa todos los mandamientos de ese Dios objeto único de su amor. Por tanto la explicacion del Decálogo sigue naturalmente á la de los Sacramentos y á la de los medios de adquirir gracia; pero antes de entrar en aquella, hablemos de la caridad en sí, conforme hemos hablado de la esperanza y de la fe.

1º. Definicion. La *caridad* es una virtud sobrenatural por la que amamos á Dios sobre todas las cosas, por ser infinitamente bueno é infinitamente amable, y al prójimo como á nosotros mismos por amor de Dios. Al tratar de la esperanza y de la fe, explicamos estas palabras, *virtud sobrenatural*; las que siguen, *por la que amamos á Dios*, indican ser la caridad una virtud teologal, puesto tiene por esencial objeto al mismo Dios. Sobre todas las cosas: como Dios es el ser por excelencia y nuestro fin definitivo, indudablemente hemos de quererle mas que á todas las otras cosas que de necesidad le son inferiores, reduciéndose á unos simples medios para llegar á él. *Porque es infinitamente bueno*: dos motivos contienen estas palabras para amar á Dios, uno los bienes que nos ha hecho, y otro los que nos tiene reservados; doble amor, de gratitud y de esperanza. *Porque es infinitamente amable*: hé aquí el amor complaciente y todo de caridad que debemos profesar á Dios por ser quien es, á causa de sus infinitas perfecciones. *Y al prójimo*, es decir, á todos los hombres vivos ó muertos, que podrán estar en compañía nuestra en la patria celestial; *como á nosotros mismos*, esto es, con el amor que á los demás hemos de profesar, *parecido*, si bien inferior, al de nosotros mismos; *por amor de Dios*, es decir, bajo la mira de Dios y para obedecer á Dios. Tal es la definicion sucinta de la caridad, cuyo desarrollo vamos á presentar en esta leccion.

2º. Su excelencia. *Dios es todo caridad*, dice el discípulo amado; así, la caridad derramada en nuestra alma es una especie de participacion de la caridad del mismo Dios; una fuerza verdaderamente divina que viene á ser vida de nuestra vida, como el alma á su vez es vida de nuestro cuerpo; una virtud que nos hace pensar, hablar, querer y obrar de un modo *divino*, porque nos une íntimamente á Dios en la tierra, para consumarnos en él en la eternidad; pudiendo decirse que está en todas las potencias de nuestra alma, como nuestra alma está en todos los miembros de nuestro cuerpo para vivificarlos, como el fuego está en el hierro incandescente sin quitarle su naturaleza

propia, pero calando de tal modo todas sus partes que acaba por ponerle en fusion y hasta en ebullicion¹.

Siendo la caridad vida de nuestra alma, siguese naturalmente que es el alma de todas las virtudes: sin ella, en efecto, no hay virtud verdadera, ó tal que pueda conducirnos al ser mismo definitivo que es la posesion del mismo Dios; siendo con relacion á las demás virtudes lo que la raíz al árbol que nutre de su sávia, lo que la reina en su imperio, cuyos vasallos conduce al último término que deben alcanzar. Esto no solamente debe entenderse de las virtudes morales, sino de las teologales, la fe y la esperanza. « De todas las virtudes, » dice santo Tomás, las teologales son las mas excelentes, porque » conducen directamente al mismo Dios que es la base de toda perfeccion; y entre las teologales, la mas excelente es aquella que mas » completamente conduce á Dios, y se detiene en él y por él: tal es » la caridad². » Al producirse en estos términos el Doctor angélico, viene á ser eco de las palabras de san Agustin, quien define todas las virtudes por la caridad: « La fe, dice, es un amor que cree; la esperanza un amor que espera; la paciencia un amor que soporta; la prudencia un amor que reflexiona; la justicia un amor que da á cada uno lo suyo; la fuerza un amor generoso, y así de las demás³. » La caridad es la que da el mérito á todas las demás virtudes y constituye su medida. Verdaderamente la excelencia natural de nuestras acciones merece algun premio accidental que formará la auréola de los Santos en el cielo, pero toda la recompensa esencial reside en la caridad que anima nuestros actos⁴; así, mientras la fe y la esperanza se detendrán en los umbrales de la celeste Jerusalem, la caridad los atravesará, permaneciendo allí eternamente para dicha de los elegidos. ¿Quién extrañará ahora la magnífica expresion de san Pablo

¹ Ipsa essentia divina caritas est... ita etiam caritas qua formaliter diligimus proximum est quædam participatio divinæ caritatis... Deus est vita effective et animæ per caritatem et corporis per animam; sed formaliter caritas est vita animæ, sicut et anima vita corporis. (D. Thom. 2, 2, q. 23, art. 2.)

² Virtus vera simpliciter est illa quæ ordinatur ad principale bonum hominis... quod est finis ultimus... et sic nulla vera virtus potest esse sine caritate. (D. Thom. 2, 2, q. 23, art. 7.) — Est duplex regula humanorum actuum, scilicet ratio humana et Deus; sed Deus est prima regula, à qua etiam humana ratio regulanda est. Et ideo virtutes theologice, quæ consistunt in attingendo illam regulam primam, eo quod earum objectum est Deus, excellentiores sunt virtutibus moralibus vel intellectualibus, quæ consistunt in attingendo rationem humanam. Propter quod oportet quod etiam inter ipsas virtutes theologicas illa sit potior quæ magis Deum attingit... Fides autem et spes attingunt quidem Deum secundum quod ex ipso provenit nobis vel cognitio veri vel adeptio boni, sed caritas attingit ipsum Deum, ut in ipso sistat, non ut ex eo aliquid nobis proveniat; et ideo caritas est excellentior fide et spe, et per consequens omnibus aliis virtutibus. (Id. id. art. 6.) — Caritas comparatur fundamento et radici, in quantum (ex ea) sustentantur et nutriuntur omnes aliæ virtutes. (Id. id. art. 8.)

³ De moribus Eccl. cath. c. 45, n. 25.

⁴ I. q. 95, art. 4.

cuando pondera la excelencia de esta reina de las virtudes? *Aun cuando yo hablase el idioma de los Angeles y de los hombres, dice este grande Apóstol, aun cuando tuviese bastante ciencia para abarcar todos los misterios y bastante fe para trasladar montañas; aun cuando diese todos mis bienes á los pobres y mi cuerpo á las llamas, de nada me serviria todo esto, y nada seria yo si no tuviese caridad¹.*

3º. Primer objeto de ella. Para producirnos hablando de la caridad con toda la lucidez posible, trataremos en primer lugar de la caridad para con Dios, y despues de la que mira al prójimo. El objeto primario y principal de la caridad es Dios mismo considerado como suprema perfeccion y como bien supremo, en lo cual aun registramos la excelencia de esta virtud, pues Dios, es decir, cuanto hay de mas hermoso, amable y perfecto, es el noble alimento que el Reparador divino brinda en ella á nuestro amor. ¡Cuán honda no será la gratitud del corazon humano al considerar la sublimidad de sus destinos! ¡Cuán vehemente no será el gozo de este corazon, que hasta la venida del nuevo Adan casi siempre buscó en vano un alimento para sus afecciones entre las criaturas mas groseras! Nacido para tener parte en el banquete de los Angeles, y alimentarse como ellos del mismo Dios, este corazon degradado pedia á los viles animales que le dejaran participar de sus inmundos deleites; pero inútilmente mendigaba y se envilecia: la felicidad se alejaba de él cual se aleja todavia de los pueblos y de los hombres no poseidos del amor del supremo Bien. Solo el nuevo Adan, despues de recordarle su fin postrero, puede devolverle la paz y la gloria, haciendo brotar á sus ojos el puro y siempre fecundo manantial donde apaga esa sed de amor que le consume.

4º. Su regla. La regla para amar á Dios, dice san Bernardo, es amarle sin medida. Hemos, en efecto, de amar á Dios sobre todas las cosas, sin que en nuestro corazon pueda tener superior ni igual, debiendo preferirle á todo, á nuestros honores, riquezas, reputacion, padres, amigos, gustos, salud, vida y á todas las criaturas; debemos estar aparejados siempre á sacrificar estas cosas antes que perder á Dios por el pecado mortal, de modo que ni el miedo, ni el afecto de criatura alguna logre hacernos abandonar á Dios, ni inferirle la menor ofensa². Tampoco, pues, hemos de dar entrada en nuestro corazon á ningun afecto indigno de él, y al contrario hemos de subordinarle todas nuestras afecciones legítimas, contrayéndolas á su amor.

¡Qué cosa mas razonable y justa, si Dios es el supremo bien y el término de nuestro ser! ¿No seria un extraño desórden amar otra cosa fuera de él, mas que á él, ó tanto como á él? Querer, pues, á Dios sobre todas las cosas es un deber sagrado, y si tal no fuese nuestra

¹ I Cor. XIII, 1.

² Rom, VIII, 38.

caridad, no habria salvacion para nosotros. Claramente lo dijo el Salvador en el Evangelio : *El que á mí prefriere á su padre, ó á su madre, no es digno de mí*¹. *El que á mí prefriere á su hijo ó á su hija, no es digno de mí. El que amare á su alma en esta vida, la perderá*²; esto es, el que se amare á sí mismo con preferencia á Dios, será reprobado. Ahora bien : si el que ama á sus padres, á sus hijos ó su propia vida mas que á Dios, está condenado, ¿cuánto mas indigno no será de Dios el que tanto ó mas que á él estimare su reputacion, sus goces, su dinero ó su salud?

Este amor de predileccion, sin el cual no se puede estar en gracia de Dios, ni tener derecho al cielo, es ó amor de gratitud, ó amor de esperanza, ó amor de caridad. El de *gratitud* y de *esperanza* se halla indicado en las palabras de la definicion : *porque él es infinitamente bueno*. Consiste este amor en querer á Dios por los beneficios que nos ha hecho, y porque ha sido y es bueno con nosotros. ¡Cuántos motivos no tenemos para semejante amor! En el orden de la naturaleza, el cielo con sus astros, la tierra con sus productos, la sociedad con sus diversas profesiones; en el orden de la gracia, los Ángeles, Nuestro Señor, la Iglesia, todo se halla á nuestra disposicion; hé aquí algunos de los motivos para querer á Dios con un amor de gratitud. El de esperanza consiste en quererle porque él nos quiere hasta el punto de desear ser él mismo nuestra recompensa en el cielo; amor muy licito, que los mayores Santos sintieron. *Yo incliné mi corazón, dice el real Profeta, á la observancia de vuestros mandamientos, movido de la recompensa*³; Moisés fué colmado de elogios por no quererse llamar hijo de la hija de Faraon, con la sola mira de granjear vida eterna⁴. El mismo Señor respondia al doctor que le interrogaba : *Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos*⁵. San Pablo exhorta á todos los fieles que recorran el camino de la virtud hasta reportar el premio⁶. Finalmente, el sacro concilio de Trento pronuncia anatema contra el que dijere que el hombre justificado es culpable en obrar bien por el estímulo de los premios eternos⁷. Sin embargo, querer á Dios *únicamente* como medio de conseguir la eterna vida, ó de evitar el infierno, es acomodar á Dios á nuestro propio interés, y contraerle á nosotros en lugar de contraernos nosotros á él; inversion notable del orden de las cosas y violacion del precepto de la caridad⁸.

¹ Matth. x, 37.

² Joan. xii, 25.

³ Psalm. cxviii.

⁴ Hebr. ii.

⁵ Matth. xix.

⁶ I Cor. ix.

⁷ Si quis dixerit justificatum peccare dum intuitu mercedis æternæ bene operatur, anathema sit. (Sess. VI, can. 31.)

⁸ Illicitum esse diligere Deum amore simpliciter mercenario, secus vero amore

El amor de *caridad* se expresa por estas palabras : *é infinitamente amable*. Amar á Dios porque es infinitamente amable, es amarle por sí mismo, hecha abstraccion de sus beneficios, y únicamente á causa de sus infinitas perfecciones; es alegrarnos y gozarnos de que posea todas las perfecciones en su mayor grado posible sin mezcla alguna de imperfeccion, y por consiguiente de que sea infinitamente poderoso, infinitamente sabio, infinitamente bueno, infinitamente rico, justo, misericordioso, independiente, en suma, perfectísimamente feliz en todos conceptos. Tener este amor de caridad es empezar á vivir en la tierra la vida de los Santos, á quienes este amor colma de deliciosa embriaguez, segun expresan por medio de estas palabras que eternamente entonan su reproduccion del sentimiento que las inspira : ¡Santo, santo, santo es el Señor Dios todopoderoso! Será, pues, acto perfecto de amor de Dios el que se concibiere en estos términos : *Dios mio, os amo sobre todas las cosas, porque sois infinitamente bueno, la suma bondad*. En efecto, en este caso se ama á Dios por su bondad, que es otra de sus principales perfecciones, aun en cuanto nos sirve ó ayuda á llenar la divina voluntad y conseguir nuestro último fin, que es querer á Dios por ser quien es¹.

5º. Su necesidad. La necesidad de querer á Dios con un amor de predileccion, segun hemos explicado, y esto so pena de condenacion eterna, estriba en las causales siguientes : 1º. *Sus perfecciones infinitas*. La razon y la justicia impelen á amar sobre todas las cosas lo que es infinitamente amable, á amar únicamente lo que es únicamente amable; y por lo tanto todo amor ha de contraerse al amor de Dios, y Dios es á quien hemos de querer en nosotros mismos, en el prójimo, en las criaturas, pues cuanto hay de hermoso, bueno y amable en nosotros mismos, en los demás ó en los objetos criados, procede de Dios, y ha de volver á Dios. 2º. *Sus beneficios*. Mas fácil seria contar los cabellos de nuestra cabeza, que los beneficios de Dios, ya sea en el orden

mercedis. Ex præcepto caritatis tenemur Deum super omnia diligere tanquam finem ultimum ad quem omnia sunt referenda. Ergo perversum et caritati contrarium est, Deum diligere propter rem aliquam creatam ad quam tanquam in finem Deum ordinemus... Unde iste amor mercenarius passim à sanctis Patribus damnatur, non solum quando est ultimus finis, sed etiam quando est principalis, puta si Deus non amaretur, nisi ea spes præmii adesset ac moveret, cum tunc non diligatur Deus super et plusquam omnia. (Mayol. *Præamb. ad Decalog.* q. 3.) — Caritas virtus est à fide distincta, quia actus ejus non est credere, similiter à spe, quia actus ejus non est concupiscere bonum amanti, in quantum est commodum amantis, sed tendere in objectum secundum se, etiamsi per impossibile circumscriberetur ab eo commoditas in amantem. (Scot. *in 3, dist.* 27, n. 2.)

¹ Ex communi consensu sapientum verus actus amoris est dicere : Deus meus, quia es bonitas infinita, quia es infinite bonus, amo te super omnia... Et ideo desiderium possidendi Dei, qui est ultimus quidem noster finis, est proprius actus caritatis, imo perfectior aliis; nam possessio Dei est caritas consummata. (S. Alph. lib. II, n. 24.)

natural, ya en el de la gracia. 3°. *Sus promesas*. San Pablo, al descender del tercer cielo, tomó un día la pluma para describir las maravillas de la ciudad bienaventurada; pero sintiéndose incapaz de trazar el cuadro de aquellas delicias inefables, solo pudo soltar estas palabras: *¡No, el ojo del hombre no ha visto, ni su oreja oído, ni su espíritu siquiera podría formarse una idea de lo que Dios tiene reservado á los que le quieren* 1. 4°. *Su precepto*. El precepto de amar á Dios no es nuevo, al contrario él es el primero de todos por su antigüedad, por su dignidad y por su necesidad; él radica en la naturaleza misma del hombre, pues en efecto, ¿qué cosa mas natural y sagrada que tributar el hombre á Dios, á fuer de Criador suyo, un culto y homenaje omnímodos? Y como Dios es amor, el único culto que puede gustarle, segun expresión de san Agustín, es el amor de sus criaturas 2.

No cabe duda que Dios recibe honor por la fe y la esperanza; pero nuestro culto solo es perfecto por la caridad; así, el amor de Dios fué siempre el primordial precepto de la Religión. Hé aquí los términos en que lo establece la ley de Moisés: *Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, con todo tu espíritu y con todas tus fuerzas. El precepto que aquí te doy grábalo en tu corazón, enseñáselo á tus hijos, medítalo sentado en tu casa, andando por el camino, al acostarte y al levantarte. Átalo á tu brazo como una señal* 3. Los Profetas durante mas de quinientos años no cesaron de recordar el mismo precepto, y el Salvador lo proclamó en voz aun mas alta, dándole nueva latitud y perfección. El amor de Dios, dice á todos los hombres sin excepcion, es la base indispensable de vuestra salud: *Guardad los mandamientos si queréis entrar en la vida eterna; el que no ama, permanece en la muerte* 4. Esta union conmigo, por medio del amor, es la mas perfecta y el vínculo mismo de la perfección: *Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma y con todo tu entendimiento; tal es el primero y el mayor de los mandamientos* 5. Su vida entera la emplea en predicar la caridad: todo el Evangelio, toda la enseñanza de los Profetas, todas las instituciones de la ley mosaica, todas las predicaciones de los Apóstoles y de la Iglesia hasta el fin de los siglos, las reduce á estas dos palabras, que deben estar escritas en letras de fuego en el corazón de cada cristiano, y que debieran estarlo en letras de oro en la puerta de cada casa: *Amad á Dios de todo corazón, y al prójimo como á vosotros mismos; á estos dos mandamientos se contraen toda la Ley y los Profetas*. También para

1 I Cor. II, 9.

2 Non colitur Deus nisi amando. (Epist. CXX ad Honor. c. 18, n. 45.) — Domus Dei credendo fundatur, sperando erigitur, diligendo perficitur. (Id. Serm. XXXVII, c. 1.)

3 Deut. VI, 8.

4 Matth. XIX, 17; I Joan. III, 14.

5 Matth. XXII, 37.

grabar cuanto en nosotros quepa en todos los corazones, con caracteres indelebles, el divino compendio de toda la Religión, formulamos un acto de caridad en cada una de las preces con que terminan nuestras lecciones.

Este precepto de la caridad, en cuanto prohíbe hacer cuanto se oponga al amor que Dios se merece, es obligatorio á todos y para siempre; mas en cuanto ordena producir actos positivos de amor de Dios, es obligatorio: 1°. luego que disfrutamos uso de razón; 2°. cada vez que padecemos una gran tentación capaz de retraernos de Dios; 3°. cuando nos vemos precisados á recibir ó administrar un Sacramento, sin haber obtenido de antemano la absolución de algun pecado mortal; 4°. muchas veces durante la vida, y por lo menos una al mes; 5°. en el artículo de la muerte. No hay necesidad empero de que estos actos se hagan con intención determinada de cumplir el precepto de la caridad, ni que se formulen de una manera explícita, pues el que, por ejemplo, rezando la Oración dominical diga con fervor: *Santificado sea el tu nombre, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*, cumplirá un verdadero acto de amor de Dios.

¡Dichoso el que sabe llenar esta dulce ley del divino amor! porque de él se alejan las amargas inquietudes y los temores congojosos: san Francisco de Sales descansaba en la Providencia con mas tranquilidad que una criaturita en el regazo de su madre. Dios, decía, ha prometido asistirnos en todas nuestras tribulaciones; ¿qué podemos, pues, temer? Nada de lo que sucede es sin permisión de Dios. Víctima de una atroz calumnia, conservó inalterable la paz de su alma, y una vez escribió al Obispo de Belley en estos términos: «Acabo de saber que en París desgarran á todo sabor mis vestiduras; pero confío en Dios que me las remendará, con lo cual serán mejores que antes si así importa para su servicio.» San Pablo se hallaba tan penetrado de amor hácia Dios, que aun en medio de sus inmensos trabajos y de las fatigas y persecuciones que le afligían, rebotaba en consuelos y estaba enajenado de alegría; en efecto, el amor divino habia echado tales raíces en su corazón, que no vacilaba en escribir estas sorprendentes palabras: *¿Quién podrá separarnos de la caridad de Jesucristo? no será por cierto ni la vida, ni la muerte; ni la persecución, ni la espada, ni el hambre, ni el abandono, ni el presente, ni el porvenir, ni poder alguno cualquiera que sea* 1; y en otro pasaje: *Yo vivo, pero no, no soy yo quien vivo, sino Jesucristo quien vive en mí* 2; así es como se ama, así como el amor se produce.

6°. Modo de obtenerlo. El modo de obtener el amor de Dios es: 1°. pedirselo con gran fervor, diciendo, por ejemplo, con san Igna-

1 Rom. VIII, 35, 39.

2 Galat. II, 20.

cio : « ¡ Dios mio ! concededme vuestro amor junto con vuestra gracia, » y me tendré por bastante rico ; » 2º. contemplar á menudo con admiracion y gratitud las perfecciones y los beneficios de Dios ; 3º. hacer obras de él, esforzándonos á cumplir con religiosa fidelidad los mandamientos del Señor, y sobre todo poner sumo ahinco en evitar el pecado por ligero que sea, cometido con deliberacion, y haciendo en grande las cosas pequeñas ; 4º. formar repetidamente actos de perfecta caridad, diciendo : ¡ Dios mio, os quiero por Vos mismo y á causa de vuestras perfecciones adorables ; os quiero porque sois Dios y el Ser infinitamente perfecto ! Regularmente, sin haber hecho antes frecuentes actos de gratitud, no se consigue hacerlos de perfecta caridad.

7º. Pecados opuestos á la caridad. Todos los pecados son opuestos á la caridad ; los mortales porque la extinguen en nuestra alma, y los veniales porque la amortiguan. Los hay empero directamente opuestos á esta virtud, cual el odio á Dios y sus consiguientes : odia á Dios el que quisiera no existiese ó que fuese indiferente al carácter bueno ó malo de nuestras acciones, es decir, porque es justiciero y vengador de la iniquidad ⁴. El odio á Dios es un delito que hace estremecer, y el mas inicuo de todos.

8º. Segundo objeto de la caridad, el prójimo. Por *prójimo* se deben entender no solamente los padres, deudos, amigos, bienhechores, conciudadanos, compatriotas ó correligionarios, sino todos los hombres sin distincion, segun el tierno concepto de esta palabra introducida en el idioma humano por el Evangelio, ora sean cristianos, herejes, judíos, idólatras, vivos ó difuntos, y aun enemigos. Nuestra caridad ha de ser universal, es decir, católica, como nuestra fe ² ; debiéndonos mirar todos como miembros de una sola familia, cual hijos de un mismo padre, y por tanto conllevarnos, perdonarnos, auxiliarnos, desearnos y hacernos unos á otros cuanto bien pudiéremos, al objeto de que todos conozcamos, amemos y honremos como hijos bien nacidos á nuestro Padre que está en el cielo. ¡ Qué noble alimento propina tambien el divino Jesús con esto á nuestro amor ! ¡ por qué via tan directa combate la gran ley de odio universal que era la vergüenza y la desgracia del mundo gentilico, como es todavía en diversos grados la mengua y la infelicidad de los pueblos, familias ú hombres que se rebelan contra este precepto fundamental !

9º. Su regla. La regla para amar al prójimo es amarle como á nos-

⁴ Ab aliquibus odio Deus haberi potest, in quantum scilicet apprehenditur peccatorum prohibitor et pœnarum inflictor... odium Dei est pessimum peccatum hominis. (D. Thom. 2, 2, q. 34, art. 1 et 2.)

² Proximus noster est omnis, qui in vita beata nobiscum esse potest. (S. Aug. De Catech. rud. c. 16.)

otros mismos ; regla de caridad bastante por sí sola á patentizar la divinidad del Cristianismo, pues jamás legislador alguno la propuso, ni menos se atrevió á imponerla. ¿ Qué cosa mas simpática, mas social y mas adecuada para hacer de la tierra un paraíso anticipado ? y de otra parte, ¿ qué regla mas infalible y menos equívoca ? No hay en efecto medio de eludirla ó falsearla con falaces interpretaciones : amar á nuestro prójimo como á nosotros mismos, es deseárselo y hacerle todo el bien que racionalmente quisiéramos se nos desease é hiciese á nosotros, si el prójimo estuviera en nuestro lugar y nosotros en el suyo.

Siendo el propio amor la regla y el modelo del que á nuestro prójimo debemos profesar, resulta : 1º. que á nosotros hemos de amarnos con arreglo al querer del nuevo Adán, prefiriendo en todos los casos nuestra alma á nuestro cuerpo, la vida eterna á la temporal, excogitar todos los medios de conseguir nuestro fin postrero, y evitar los que de él pudieran alejarnos. De consiguiente, amar al prójimo como á nosotros mismos, es preferir en todos los casos su alma á su cuerpo, su vida eterna á su vida temporal, procurarle en cuanto á nosotros quepa los medios de salvarse, y remover los que pudieran inclinarle á su perdicion. Resulta : 2º. que nosotros hemos de ser los primeros y mas preciosos objetos de nuestra caridad ⁴, debiendo por tanto anteponer nuestro bien al del prójimo en igualdad de circunstancias, como nuestra vida á la suya, y solo estarémos obligados á preferir su bien al nuestro cuando aquel sea de un orden mas elevado ; en cuyo caso se halla la vida del alma relativamente á la del cuerpo, la vida del cuerpo relativamente á la fama, la fama relativamente á los bienes. Á tenor de esta regla deberémos siempre preferir la salvacion del prójimo á nuestra vida temporal, su vida temporal á nuestra reputacion, y su reputacion á nuestros intereses materiales ; aunque esto solo se entenderá en caso de hallarse el prójimo en una necesidad extrema, único en que para socorrerle podemos vernos precisados á renunciar á nuestros bienes de un orden inferior.

Tal es el orden admirable que la razon y la fe señalan á los objetos de las humanas afecciones. 1º. Dios sobre todas las cosas. 2º. Nosotros mismos en cuanto al alma y á los bienes espirituales ó de la gracia. 3º. El prójimo en cuanto al alma y á los bienes espirituales ó de la gracia. 4º. Nosotros mismos en cuanto al cuerpo y á los bienes naturales de vida y salud. 5º. El prójimo en cuanto al cuerpo y á los bienes naturales de vida y salud. 6º. Nosotros mismos en cuanto á los bienes temporales externos, como son reputacion é intereses.

⁴ Dilectio hominis ad seipsum est sicut exemplar dilectionis quæ habetur ad alterum, sed exemplar potius est quam exemplatum ; ergo homo ex caritate magis debet diligere seipsum quam proximum. (D. Thom. 2, 2, q. 26, art. 4.)